

Micaela Solís

# Elegía en el desierto

## *In memoriam*



Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

# Elegía en el desierto

*In memoriam*

Micaela Solís

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ  
Ciudad Juárez, Chihuahua, México, 2004

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Felipe Fornelli Lafón  
*Rector*

Héctor Reyes Leal  
*Secretario general*

*Consejo Editorial Institucional*

*Presidenta:* Adriana Saucedo García; *Secretario:* José Luis Chávez Viguera.

*Consejeros:* Federico Ferro Gay, Víctor Orozco Orozco,

Emilio Álvarez Parrilla, Jesús Meza Vega, Francisco Llera Pacheco.

*Consejeros enlace:* Jenaro Paz Gutiérrez (IIT), Leticia Peña Barrera (IADA),

Antonio Muñoz Bernal (ICB), Gilberto Vargas González (ICSA)

## Poesía de crisis

Solís, Micaela.

Elegía en el desierto : In memoriam / Micaela Solís.— 1a. ed.— Ciudad Juárez, Chih.: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez., 2004.

80 pp. ; 22 cm.

ISBN: 968-7845-68-6

1. Poesía mexicana —2. Literatura Latinoamericana .—3. Literatura fronteriza - México.

PQ7298.290472 E54 2004

861 E54 2004

Formato: Armando Gutiérrez Rodríguez

Diseño de cubierta: Marco López

D.R. © Universidad Autónoma  
de Ciudad Juárez,  
Calle Henri Dunant 4016,  
zona Pronaf, C.P. 32310  
Ciudad Juárez, Chih., México

Impreso en México/*Printed in Mexico*

*A mis hijos,  
y a las hijas e hijos de mis hijos...*

## Prólogo

*Elegía en el desierto* es una obra capital en la trayectoria literaria de Micaela Solís. La naturaleza elegíaca ha convocado diversos nombres en la historia de las letras. Uno de los más remotos y perdurables ha sido el de *Lamentaciones*. La destrucción de Jerusalén por las tropas de Nabucodonosor, la desaparición de un templo central y emblemático, la crueldad volcada sobre hombres, mujeres, niños, quedaron descritas y contenidas en el poema que ahora conocemos como las *Lamentaciones de Jeremías*. Francisco de Quevedo las llamó *Lágrimas de Hieremías castellanas* y en otro momento *Trenos*. Rosario Castellanos eligió para su poema clásico y desgarrador, en la línea de clásicos grecorromanos, *Lamento de Dido*. Ciertamente, *Elegía en el desierto* forma parte de esa tradición. El tema de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, desgarrador y complejo como es, aparece aquí, sin disminuir su importancia social con una fuerza de tragedia griega, con un aliento poético que sorprende y envuelve.

Carlos Montemayor

## Introducción

Una mañana del mes de febrero, al abrir el periódico apareció una fotografía con la mano de Cecilia en la arena de un campo de fútbol de Ciudad Juárez. Era el año de 1997.

Me horrorizó la imagen, pero me horrorizó aún más la apatía ciudadana ante los crímenes de mujeres que se venían sucediendo desde hacía cinco, seis años atrás. Entonces escribí un poema extenso al que concebí como *poesía de crisis*. Quería, de frente al público, hacer una especie de autocrítica como poeta y ciudadana por haber callado todo ese tiempo.

En medio de vendavales, lo estrené el 8 de marzo de ese año en la Plaza de Armas de la ciudad de Chihuahua, apoyada en ensamble con el grupo Danzarena de Cinthya Aguirre.

El ensamble ha sido presentado en pocas oportunidades y, en menos aún, he dicho en público el poema por no caer en el oportunismo, por no usar esta tragedia viva en tantas familias, con un afán puramente estetizante.

Este trabajo es, pues, fruto de la paradoja que conjuga una necesidad de denuncia, con el respeto al dolor de muchas familias chihuahuenses. Hasta hoy no he resuelto este dilema ético. No obstante, al fin sale a la luz este poemario cuya publicación más que darme alegría, me deja el acre sabor de la impotencia y la vergüenza. Deseo profundamente que pierda vigencia de inmediato.

Sin embargo, el feminicidio continúa imparables en Ciudad Juárez y en Chihuahua, pues hace apenas unos días aparecieron los cadáveres de tres nuevas víctimas, dos de ellas son de una madre y su hija de dos años asesinadas al parecer por el esposo y padre de ambas, lo que revela el grado de descomposición social al que nos ha llevado la impunidad en este territorio.

Agradezco a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez por permitir que este poema testimonial quede impreso, como uno más, sobre esta oscura parte de nuestra historia. De la misma manera, quiero agradecer a Carlos Montemayor por sus palabras, y a mi amiga y feminista Estela Fernández por esas interminables horas de análisis compartido.

Micaela Solís



*Femenina desconocida de aproximadamente catorce años, de complexión regular, de tez morena, de raza mestiza y con una estatura de uno cincuenta y ocho presenta: Contractura muscular post mortem en fase de remisión, livideces cadavéricas en la región anterior del cuerpo y temperatura corporal equilibrada al medio ambiente, por lo que el cronotanato diagnóstico se dictamina en 24-28 has [sic] aproximadamente.*



Enredada en sus calles, la ciudad,  
impávida ancla la muerte  
en la profundidad de su silencio.  
Enredadas sus horas y sus días  
en las pérfidas mentiras de la luz,  
amanece exhausta del último naufragio.



*(...) Presentaba también restos de ropa los cuales se describen a continuación: Camiseta blanca en muy mal estado de conservación que presenta un logotipo en la parte posterior en forma de un círculo rojo con unas barras lineales blancas y esta parte presenta una zona con ruptura y falta de tejido; además presenta muchas perforaciones y la tela esta muy podrida; en la parte posterior se le aprecian unas letras incompletas y que al parecer dicen 'SOLIDARIDAD' (...)*





Un instante habrá,  
tal vez un grito,  
un mínimo hilo que desate la voz.  
Mientras tanto,  
el canto rueda cuesta abajo de la vida.



No el cigarro,  
su brasa incandescente entre los muslos.  
No los dientes  
arrancando el pezón izquierdo.  
No la daga  
cercenando el seno derecho.  
No el filero  
separando las uñas de los dedos,  
asestando cincuenta puñaladas.  
No la piedra  
fracturando el cráneo.  
No las ratas de fuego  
horadando la matriz.  
No el cable  
estrangulando,  
ni las llantas del auto atravesando la espalda,  
como el peso del poder que en vértigo descende  
partiendo en dos:  
una  
y otra  
y otra  
y otra  
y otra vez  
el ascenso inevitable del vuelo femenino



A su cumbre infernal  
alzábanse mis gritos como llamas  
y todos los oídos fueron sordos;  
les era necesaria la escala de mi sueño  
a él  
y al otro  
y al otro  
y al otro  
y a todos...,  
para cumplir exacto mi designio,  
tanto más hondo como frágil la escala de mi cuerpo.

Al peso de la culpa no volverán a ver la luz,  
su patria es el abismo.



Delicado era  
el filo de la daga  
y el calor de la brasa  
y la dureza de la piedra  
y el ardor de la cuerda en el cuello;  
frente al filo,  
la fuerza  
y el ardor  
de su mirada y sus palabras,  
de las cuales regreso  
por las que quedan colgando de una bolsa de plástico,  
confundidos sus esqueletos, sin nombre y sepultura.

Por las quinientas desaparecidas,  
—las imaginadas en todas las formas de la muerte—.

Esos fantasmas irredentos  
que musitan con las ráfagas del viento:  
“Aquí estoy...”

cuando el dolor  
cuando el dolor  
cuando el dolor

es una estaca de hielo con hondura de infarto  
en el pecho del padre-cazador que escucha, olfatea,  
otea  
desde los cuatro puntos cardinales un

“aquí estoy”

diseminado en el delirio de la arena.



Espero...  
Perlas de azogue entre los dedos,

las horas.

Burbuja el tiempo,  
comba nave protectora en medio de la noche  
viaja a contra sombra:

la esperanza.

Mientras tanto, aquí estoy:

Pensando que no pienso, no pienso, no pienso, no  
[pienso, no pienso...  
Sintiendo que no siento, no siento, no siento, no siento,  
[no siento, no siento...

La muerte pasa de largo entre los arenales,

(buscándome),

como pasa la muerte por las calles de Bagdad con su tufo /a  
petróleo.

Para no morir del todo, canto esta noche sobre la torva,  
la insaciable impunidad, la del fósil tufo a corrupción,  
sus trescientas agonías soterradas en las calles de Juárez.

Y pasa la Torva buscando  
(mi concreto, recóndito latido);

pero he plegado de nuevo las rodillas en el pecho,  
ocultando el arcano pulso del principio.

Soy un acto de fe, un embrión  
sin hambre, sin dolor, sin miedo.  
Soy la habitante del capullo salvo.

La bondad coloca su palma de ternura sobre mi espalda,  
su tibieza se esparce en ondinas de dulce mansedumbre.



Soy el deseo, la desaparecida que teje su retorno a la vida.



Soy, también, la bandera desgarrada entre  
el escepticismo,  
la ambición,  
el cinismo y  
la barbarie;  
la de los torpes giros, propicia a los vientos del Norte.  
Soy el pasaporte directo  
al congreso inicuo,  
al viaje de placer,  
al festival cultural,  
a la ascensión política, al nombramiento oficial, al  
[premio literario;  
el billé que se gasta en los labios del discurso del ego,  
un nombre masticado con saliva retórica.

Mientras en el desierto,

las auras se arrebatan —a picotazos— un corazón  
que guarda aún su última humedad.





Regreso

a la hora

en que el sol  
sobre el desierto incendia los instantes,  
cuando mi madre es un vacío inflamado,  
una matriz en llamas su corazón.  
Cirio que al alumbrar se desvanece buscando,  
clamando  
apoyo a una sociedad que da la espalda a su derrumbe.



Regreso por el duelo  
de los pobres que libran solos una guerra privada:  
de denuncia en denuncia,  
de ONG en ONG,  
de juzgado en juzgado,  
de fiscal en fiscal,  
de sexenio en sexenio,  
de gobierno en gobierno,  
de burla en burla,  
con el nombre de la hija sepultado en la mandíbula.



Madre-lábaro,  
desgarrado emblema de Chihuahua:  
He aquí mi voz,  
emitida para quienes no tienen respuesta o solución  
[y, no obstante,  
persisten en la bárbara costumbre de ignorarlos,  
tratando de ocultar con un 'cero tolerancia'  
al oscuro sol de corrupción que los alumbra y  
[enceguece.

A pesar de mí  
y de las otras,  
a pesar de sus guerras cotidianas  
y de las otras,  
a pesar del hambre moral  
y de la otra...



Digo que  
morí con los sueños asfixiados  
de tanta cobardía,  
de la alta y puntiaguda cobardía  
donde cae sacrificado el amor  
con las muchachas de maquila,  
mis trágicas hermanas abismadas  
en el cenote del principio de Estado,  
el entreguismo,  
la patria de las alas clausuradas.  
De la Razón de Estado  
donde valemos poco las mujeres.



Transfigurada en canto  
vengo desde la zona donde nada significa,  
donde la voluntad termina,

emerjo

desde el hálito contrario de la inercia,

del poema,

para decirles a todos que morí de una muerte colectiva,  
que me pesó la noche que cuelga de sus hombros,  
los mediocres cadáveres que cargan en la espalda  
y en las comisuras de sus bocas.

Que morí para siempre de sus muertes efímeras  
cuando callan,  
cuando no se defienden,  
cuando no cuidan la vida  
que les mana de las múltiples pieles de la vida:

El perfumado reino de las flores...,

la dulce lluvia...,

las hojas doradas del otoño...,

la voz de las ballenas  
que se extingue de tristeza por los túneles del agua.

Y los ladridos nocturnos de los perros  
y las manos asombradas de los niños.

¡Ay, el canto de los pájaros...!,  
¿quién pudiera como ellos, respirar  
entre el follaje noble de los árboles?





¿Quién pudiera a las cinco de la tarde  
expandir el cuerpo agotado sobre la cama?  
Oír el noticiero y encender el mecanismo del duelo.  
Anegar con la sal de la pena las grietas de la apatía  
y salir  
a secarse las lágrimas con el viento de la calle  
que abra en flor el grito de la roja rebeldía.



Quién pudiera aún, entre cadáveres,  
[ser cazadora de utopías...



Soy la que regresa  
para darles la corrosiva flor de mi memoria,  
la que arraiga sus pétalos como uñas  
y provoca un llanto con la densidad seca de los médanos;  
la que a sus muertes cotidianas ofrenda su  
[perenne muerte.

La que pide como única justicia posible:

Ni perdón, ni olvido.  
Ni perdón, ni olvido.  
Ni perdón, ni olvido.  
Ni perdón, ni olvido.  
Ni perdón, ni olvido.



Entre los escombros de la conciencia vagarán las generaciones.  
¿Desde qué limbo clamando perdón por los arrepentidos?  
¿Desde qué infierno purgando la sentencia de los asesinos?



Luego dicen que la culpa es de nosotras por coquetas.  
Pero, ¿quién carga con la última culpa en este  
[hormiguero de culpas?  
¿A qué coquetería obedece la impunidad de los  
[delincuentes ilegales?,  
o, ¿a qué coquetería obedece la impunidad de los  
[delincuentes legales?



Mira nomás, tú, de tan buen ver...,  
hecha trizas por el morbo,  
flotando en un poema  
—este mar de ilusiones disecadas—,  
ahogada en la traición:

El camino de ilusiones del rancho a la frontera,  
la triste sumisión de tu mamá.  
Luego, el pinche caché de trabajar en la maquila,  
después de la mirada desconfiada sobre el hombro  
de la señora de la casa ricachona,  
donde se adelgazó la piel de tus manos  
diluida entre los blanqueadores hipócritas de la clase.

Y tu corazón, maquilando ilusiones con el novio,  
traicionada en la seguridad de sus palabras:  
mi amor, mi amor, mi amor.  
Y su descuido eterno, eterno, eterno.



Alguien torció el camino de las palabras,  
como el chofer de la ruta declaró  
que "torció el camino de tu casa",  
mientras las picanas quemaban sus genitales.  
Pero digamos que nadie es malo de por sí,  
simplemente sucede que no nos entendemos.  
Habrá que inventarnos de nuevo en otro idioma  
para que nos recuerden,  
y comenzar los diccionarios con la palabra  
RESPETO.



La calle hunde el entrecejo, alicaída;  
y no es el sol-cacique del desierto,  
su mediodía de ágata de fuego para los pies descalzos,  
ni el alevoso peso de cincuenta centavos  
para las manos morenas, étnicas, indígenas, exóticas,  
lo que afloja las piernas con lasitud de desilusión  
a la niña que cuelga de la espalda de la melancolía.  
Es la niña que cuelga de la espalda de la melancolía  
la imagen-hacha que hunde el ceño a la avenida.



Niña-pegada  
a la pared sudorosa de la madre,  
nave tercermundista pidiendo limosna en la frontera.

Niña-asada  
bajo la obcecación de un sol omnisciente  
y desconocido.

Niña-que-cuelga  
de las monedas que guardo en el cenicero de mi carro.

Oscilación negativa la de la niña negando al espejismo.

Niña-prójimo,  
refutación de todas las doctrinas.

Niña-bofetada  
en el rebozo azul de la melancolía,  
en su humilde poema posmoderno,  
azul sintético.

En un azul sueño narcótico su cuerpecito cuelga.

En una patria azul narcótica su infancia es emigrante  
hacia la mesa clandestina de un quirófano,  
a la fosa común de las indias hermosas,  
hacia la levedad del absoluto olvido  
de quienes atravesamos el crucero del milenio.



Ya la niña se balancea en un columpio del  
[Parque Chamizal;  
con sus piecitos descalzos mide la bóveda celeste  
y toca la estrella roja del atardecer.

Entre el follaje oscuro de las moras  
el viento del desierto le transmite sus primeros mensajes,  
le narra suave en el oído un cuento de hadas  
—el bolero sentimental de la abuela—.

En el péndulo del tiempo, sus cabellos negros  
—aleteos de cuervos—  
van y vienen en la diástole y sístole  
del monstruo  
que cuenta los minutos de la caída inminente.

En el íntimo fulgor de su inocencia, la niña cierra los ojos.

Es la tregua del Ser: La infancia que entre juegos  
opone resistencia a este aire cargado de melancolía;

y silba el viento y deja en su fina piel  
el polvo de otras pieles, otros juegos y otras caídas...

Mientras tanto,  
sus párpados son la pantalla vacía del futuro,  
pantalla que pinta en púrpura la espera.



Una mano

aparece entre la arena  
en crispación de estrella que se apaga.

Cinco tentáculos

de luz oscurecida.

Dedos de caracola,

uñas calcáreas  
que hienden desde su nada al infinito.

En cuneiforme delirio  
reptan gusanos por la palma

hacia las espumosas líneas del destino.

Cuenco de la barbarie para la sed de morbo.

Flor de impotencia  
desparrama sus pétalos amargos en los diarios.

Ábaco de la civilización  
que en múltiples de lustros cuenta las eras de la desilusión.

Oscuro girasol orienta su corola a la conciencia.



Y en la profundidad que ahoga a la certeza,  
el crimen en su cuerpo de pirámide  
percute los íntimos tambores del silencio:  
El espíritu reptil de los testigos que enmudecen,  
su sinuoso desliz  
por la raíz putrefacta del sistema.  
Fronda y semilla el grito afónico en la calle vacía.  
Péndulo del miedo sin contrapeso y sin espacio,  
destiempo para los últimos compases del peligro,  
aterrada la garganta, cerrado el pecho.

En el baldío,

crispada en una súplica, la mano de Cecilia.



Ahora,

oscura golondrina,

narra tu vuelo de parvada,

tu noción mercurial del mediodía,

la brevedad de tu vuelo

frente al acecho paciente de los cerros

en la alta tensión de la frontera.

Narra la desmesura de tu ritmo

hecho a la ley de producción.

Vuelo de colibríes tus manos,

virtuosismo suspenso,

aleteo

diseminado entre cables y circuitos

abriendo en flor el dolor lumbar de la mañana.



No obstante,  
era futuro en sí la promisoría urgencia del instinto,  
aquel canto de jaula en el camión urbano  
a las tres y media de la tarde,  
el olor a shampoo  
y el azul celeste de la mezclilla deslavada.

Esa juventud en masa ganándose la vida,  
esa anónima humildad de tu alegría,  
el sabor a durazno de tu chicle,  
los brillos de tu barniz de diamantina  
y el copete de nube  
lloviéndote sudor sobre la frente.



Y la expectativa del bono de puntualidad de la semana.  
El camino que lleva de regreso a la colonia  
—con su tierra levantisca para los avestruces  
[judiciales—  
De ese sol marrullero que calcina los juegos de los niños  
y del invierno desértico tan propicio al incendio...

Múltipara matriz de cinco hijos íntegros  
hasta las uñas de los nietos.  
Turno vespertino para la anciana prematura  
hasta que las cataratas le derrumben la mirada.  
Casa de cuatro por cuatro,  
paredes de cartón,  
techo de lámina,  
piso de arena,

remolinos

para los pies de la aventura  
que cruzan globalización y surrealismo  
en el espejismo del progreso.



Y el amor verdadero...  
Algún día, algún mes, algún año,  
o el resto de la vida, quizás...

Ese flotar entre algodones y no sentir  
la velocidad del rotary ni el aumento del vértigo;  
y hasta ver alas de ángel  
cuando el supervisor de línea da la espalda.

Ese hombro derecho de varón  
donde los sueños se recargan...

El progreso de una televisión en navidad  
y los domingos,  
jugar con los hijos en la explanada de la empresa.

El olor a perfume cuando plancha la ropa  
los sábados por la tarde.

Rosas de seda roja el diez de mayo

y las caguamas del esposo que observan  
desde su caparazón de cebada y gravedad  
el paso de la luna por la noche.

El esposo...,  
sentado en los vestigios de un asiento de Cadillac,  
con la camisa abierta en la barriga prieta, esperando  
que llegue la 'noche oscura del alma...'

Ahora, treinta años antes,  
la memoria improbable del deseo para su cuerpecito  
que el médico forense disecciona.





Todo es piel en el mapa de la República.

Territorio con forma de sirena para el cocodrilo  
[democrático.

Todo es piel  
en esta forma femenina que habitamos.

Epidermis sumisa para el viento del Norte

que no sopla,  
succiona  
la fuerza de la sobrevivencia.

En este linde de mundos, en este epicentro neoliberal,

calma chicha,  
malla ciclónica

a donde vienen a entraparse en cachitos las ilusiones.



Todo es piel en el cuerpo  
—se sabe—  
cuando el dolor es descenso,  
lava candente desoliando  
hasta el sutil andamiaje del aliento.



..Y no termina nunca de tocar fondo ese dolor,



porque el fondo  
es inalcanzable  
para el poder,  
para los violadores,  
para los hijos de la sombra,  
para los engendros del vacío.



Un abismo que no termina nunca de tocar fondo  
se yergue en la entropierna autócrata.



Traspasa la estructura de la víctima  
más allá del ataúd —de madera o de papel—:  
Penetra la madera y el árbol  
y el sermón del sacerdote  
y la palabra de Dios,  
y la “Verdad” mediática.



Hiende el alma  
de los pueblos que flotan con ese ardor  
  
en la piel de los niños.



Traspasa al sádico video  
y al mercado negro  
que trafica con un crujir de huesos.



A la pantalla, donde incuba al cigoto del horror  
que, engendrado de vacío,  
se multiplica cibernéticamente,  
adherido a la matriz globalizante  
del macho que pare frustración:  
Esa abyecta forma de morir matando,  
de morir mirando,  
atado al hastío de sí mismo, hundido.



Y no termina nunca de tocar fondo ese vacío...



Horada  
el tímpano de la piedra  
el golpe seco en la cabeza de la víctima,  
y no termina nunca de tocar fondo la excitación del monstruo,  
el exiliado del amor que al despertar

—si es que duerme—

desenrolla en el oriente medio de la mesa un fajo de billetes  
y en la quijada carga la resaca del sabor oxidado de la sangre  
y la mentira.

El que, de quién sabe qué ancestral puño,  
soporta atravesado el corazón en una íntima discordia;  
el que, con el crimen, cobra la entrega de su virilidad  
al muerto que en vida carga el cuerpo.



Tú:  
Acaso padre,  
acaso amante,  
acaso hijo,  
acaso hermano,  
acaso hombre...  
Tú,  
en quien la belleza, la sensibilidad, la profundidad y los  
[gritos femeninos  
vibran en eco sostenido cual plomo ardiente en los sentidos;  
y la coca, el alcohol, las anfetaminas, el dinero,  
son los hilos que penden del oculto poder  
sobre tu mente, que, confinada en el ejercicio  
del mandato,  
la maldición,  
la furia,  
la violación,  
la dentellada,  
el crimen,  
el cinismo,  
finalmente te dirá:  
“Es envidia,  
sí.

Envidia”.



Todo se busca en el instante:

Las aves que revolotean  
en busca de la perpetuidad del cielo,  
el aire tibio  
en busca de la perpetuidad de la flor,  
el sol  
en busca de la perpetuidad del día,  
la savia  
en busca de la perpetuidad del verde,  
el mar acedo  
en busca de la perpetuidad dulce de la gota de lluvia,  
el desencanto

en busca de la perpetuidad del poema.

Tu sueño inconciliable de asesino,  
en busca de la perpetuación del olvido de ti mismo,  
y no lo lograrás,  
no lo lograrás,  
no lo lograrás,  
no lo lograrás,  
no lo lograrás.



Sobre los párpados, el cenit.

Filo solar.

Rajadura.

Murmullo ardiente que musita apenas arenoso:  
"Despierta, que aún estás vivo y cuerdo,  
haz memoria criminal".

En luminoso fragmento matutino  
desde el televisor  
George Bush extiende su sonrisa victoriosa.

De la pegajosa entrepierna,

en escozor,

la culpa

sube



Caminaba sigiloso en las cornisas,  
jugaba con la luz de la luna,  
era blanco y silencioso como noche nevada.  
Amaneció destrozado,  
deshecha la mandíbula,  
desgarrado el ronronear de su aparato.  
¿Qué más da? ¿Para qué enterrarlo?  
Lo enrolló en un periódico  
manchando con su sangre el titular que dice:  
"OTRA MUJER ASESINADA EN JUÁREZ".

Mientras envuelvo el pequeño cadáver,  
un cuerpo yace en la mesa del forense  
abierto de la raíz del cuello a la vagina.  
Buscan en su matriz de niña,  
en su pecho inerte, en el tejido de sus vísceras,  
una verdad atroz y gigantesca como la decadencia;  
una verdad con piel de poros erizados y misógina entraña.

Horror:

Descarga el golpe para esta coraza del espíritu,  
en esta ciudad de carniceros  
aprenderé a llorar la muerte de un felino.



*Entre los miembros*

esparcidos en las dunas

yacen  
los mitos

*en carne cruda expuestos*

adheridos

como el calcio a los huesos

Busco

*un porqué*

en esta oscuridad de mandíbula

que cierra su doble fila de colmillos

*en las escamas de mi canto.*





Así,  
seriadas víctimas rotan por decenas en el tiempo,  
fieles a la impronta de la maquila,  
en fragmentos sus miembros y su historia se diluyen  
en este verter a gotas la libación futura,  
este escanciar la copa del sudor y la sangre para la sed  
[insaciable.

Y este espíritu de cifra,  
esta costumbre de levantar

uno  
a uno  
los miembros extraviados.



Se mutará la ternura femenina  
en una esfinge de piedra,  
mitad virgen,  
mitad bestia.

Diosa blindada para la especie.

Se trocarán entonces las vulvas satinadas en  
[fauces de pirañas.

Del doloroso orgasmo,  
lenguas de fuego para el amante.

Garras felinas al acecho del romance.

El corazón

fosilizado bajo el gélido escudo de los pechos.

Saetas verbales  
las palabras

y espejos de ignominia,  
las miradas.



Ahora,  
yo me pregunto:

¿Qué oculta vejiga segrega el numen del poder?

¿Qué sofisticado mecanismo une al deseo y a la  
destrucción?

Hablar de esto es hablar en lenguaje de vértigo y abismo,  
esa verdad humana metaforizada en infierno.

Es el ritmo cardiaco del violador en el momento de la  
eyaculación,  
la ira del ser volcada contra el umbral de la vida.

El instinto de no ser:

Saciedad.

Saciedad.

Saciedad.

Saciedad...



Mientras tanto,  
los cadáveres, los huesos  
y las vísceras

son signos,  
los crudos jeroglíficos de la modernidad.  
Jeroglíficos de sangre  
sobre la arena de las dunas,  
semántica volátil de los tiempos que corren,  
que nos dice entre líneas  
que agoniza el Ser de indiferencia.





Ahora Antígona renueva el rito fraternal,  
porque no hay sepultura sin poema,  
(esta contrita vergüenza que pesa en el teclado)  
esta elegía que embalsama las vaginas laceradas,  
este recolectar uno a uno los cabellos enredados en los  
[mezquites.

Pido las manos de quien quiera ofrecerse  
para contar de diez en diez  
hasta el número de ochocientas muchachas,  
"más o menos",  
como cuenta la matemática oficial:  
más o menos justa,  
más o menos tolerante,  
más o menos lento, péndulo del poder,  
más o menos impotente.



Pero, ¿alguien sabe la velocidad en nudos  
de este viento misógino que sopla?  
Está por todas partes, siéntalo bien, percíballo:  
En la envidia de la mujer por la mujer,  
en la exclusión vertical del viejo feminismo,  
en la declaración del obispo y del político que dicen:  
"Ellas son las que provocan".

Está en los cines,  
en la escuela,  
en la maquila,  
en la colonia,  
en la plaza,  
en la iglesia,  
en el Congreso,  
en el hogar...  
En el corazón de los hijos y  
en el corazón de las madres.  
Y está, —¡oh ignominia!—  
en algunos  
buenos poemas  
de algunos  
de nuestros  
buenos  
poetas.

Está también  
debajo de la lengua,  
al acecho  
del tiempo propicio,  
cuando soltamos  
el chingazo  
del látigo verbal.  
Eslogan ancestral  
emerge de los tiempos  
de la misógina  
conquista americana,  
para nosotros  
mexicanos,  
descendientes  
de las indias violadas.



Estas muchachas de maquila,  
tan oscuras en su cabello desgreñado,  
tan jóvenes en su muerte,  
tan esenciales en el horror.  
Estas ochocientas y "tantas" oficiales muchachas  
en la cifra criminal,  
tan desparramadas en los cerros,  
tan usadas y vueltas a usar después de muertas.  
Tan repetitivas y copuladas,  
estas operadoras de maquila.  
De muerte más que primitiva: sis-te-ma-ti-za-da.  
Pobres muchachas sin fantasma,  
de callados hígados teipeando la palabra.  
Y estos cerros de Juárez oliendo  
a adrenalina y semen.  
Y estos baldíos oliendo  
a sudor,  
adrenalina  
y semen.  
Y estos canales oliendo  
a sangre,  
sudor,  
adrenalina  
y semen.  
Y estas calles oliendo  
a olvido,  
sangre,  
sudor,  
adrenalina,  
y semen.

Esta ciudad oliendo  
a miedo,  
olvido,  
sangre,  
sudor,  
adrenalina  
y semen;  
donde los asesinos contonean el sexo como si nada,  
frente a usted, frente a mí que vamos a Wal-Mart  
los domingos en la mañana, como si nada.  
Como si nada...



Si hubieras conocido a tiempo el mar, muchacha,  
su inmensa lágrima salobre  
antes de la salmuera del secuestro,  
no se hubiera disecado tu rostro a la intemperie  
como esa máscara dorada de tu fotografía en la revista,  
con la pátina del sol en tu catástrofe;  
y la oquedad de tus cuencas por donde el pánico  
en fuego desbordó las últimas imágenes  
hasta el grito que aún reptaba entre los dientes apretados.  
Si esa mañana, suave se hubiera deslizado  
una sábana de Holanda entre tus muslos,  
no estuvieras ahí, diosa de la impudicia,  
con el muñón perdido entre la arena.

Si hubieras nacido en el palacio salomónico,  
yacerían tus párpados tranquilos  
bajo el color azul del lapislázuli;  
No estarían tus ojos en el monstruoso espacio  
tan fuera de su sitio, tan caídos en su abismo.

Si te hubieras dormido por cien años,  
hasta ser despertada en el siglo XXII  
por el beso de un príncipe,  
no se hubiera coagulado el crepúsculo  
en tu rostro que, como obra clásica,  
ha dejado de ser tuyo, porque tú ya no existes.  
La pesadilla espantosa de cien años,  
tu máscara de ídolo moderno es de nosotros,  
los sobrevivientes.



Tú quedaste, muchacha, en la antevíspera:  
En el último viento bondadoso,  
en el beso del novio, en la mano de la amiga,  
en la violeta cotidiana donde quedó revoloteando  
tu juventud eterna y frágil.

Déjanos a nosotros continuar el grito no escuchado,  
el dolor de esta solidaridad extemporánea,  
la violencia de seguir existiendo.

Y, acaso,  
danos en una ola, el dulce rumor de tu descanso.  
Y acaso, danos en una ola, el dulce rumor de tu descanso.

Y acaso, danos en una ola, el dulce rumor de tu descanso...



Mas la noche  
sedimenta su peso en los días decrecientes,  
y más noche se vuelve cada día.  
Ah, viejo, desmemoriado océano:  
Qué pronto has encorvado el esternón,  
qué niño aún sostienes tus lacónicas arrugas.  
Tu antigua afección de parquedad  
es dolencia que arrastras  
en las cuatro coyunturas secas de tus vientos.

Y cómo pesa,  
desde esta lucidez nocturna del espectro que me habita,  
vagar por esas calles de canteras demolidas  
con el crónico olvido de tus guerras  
pudriéndome el insomnio.  
Ocultarán tus miedos destemplados tus poetas,  
aferrados a la locura inverosímil de tus flores,  
a la falaz consecuencia de tus niños,  
y a la alondra que en la mañana intenta  
persuadir a la luz de su extravío,  
mientras con paletadas de belleza cavan tu sepultura.



Rumbo a la certidumbre  
los pasos de los padres  
suenan asépticos en las baldosas,  
tienen un eco místico de pasos en el templo.

Ante la morgue,  
un tufo profundo a humanidad  
abre la puerta de la desesperanza.

Con estatus de santos en los altares,  
sobre las planchas, los cuerpos violentados  
exponen su verdad sustantiva  
en el severo abandono de sí mismos.  
Obcecados, ahí..., como los santos.

Bajo la sábana blanca,  
en la mujer,  
oculta el caos su compacta ilusión.

Sólo la ciencia del amor  
podrá algún día revelarla,  
cuando brille la Verdad sobre la especie  
y tenga la descendencia  
la suficiente fuerza para mirarla.



¡Dichoso será el tiempo de la Mujer de Luz!

Esta obra se terminó de imprimir en octubre de 2004  
en los talleres de la Imprenta Universitaria ubicada  
en Hermanos Escobar y Plutarco Elías Calles,  
Ciudad Juárez, Chihuahua, México.

Tiraje: 500 ejemplares



Rafael Vaquera  
*Coordinador de la Imprenta Universitaria*

Juvenal Rodríguez  
*Jefe de Taller*